

CONTRASTES GEOGRAFICOS

## **LA GUAJIRA Y LA MOTILONIA**

**Por: JOSE IGNACIO RUIZ**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 60, Volumen XVI  
Cuarto Trimestre de 1958*

(Especial para el BOLETIN DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE COLOMBIA)

Entre 1930 y 1935 conocimos dos de las regiones geográficas más interesantes del país. Relativamente vecinas pero de características opuestas: la Guajira y la que pudiéramos llamar Motilonia.

### **LA GUAJIRA**

La primera, semiárida, es en su porción septentrional (Alta Guajira) un desierto de estilo africano que seduce a los turistas con la magia de sus paisajes poblados de médanos y de cactus, y saturados de sal y de sol. Por acción de este astro, la zona costanera ofrece alucinantes espejismos donde el viajero estupefacto cree observar auténticos brazos de mar o castillos almenados que defienden una ciudad fantástica. Azotada por los vientos alisios, los cuales convierten los granos de arena en agudos dardos que hieren con saña la piel del transeúnte, con una escasa precipitación pluvial (del orden de 300 milímetros al año), la península se muere de sed mientras -verdadero suplicio de Tántalo- blanquea en la lejanía, a ras del horizonte, una inmensa mole de agua congelada sobre la Sierra Nevada de Santa Marta.

Tierra de cielos altos y abiertos, tachonados de estrellas en la noche, durante la mayor parte del año, es quizá la única apropiada en Colombia para el funcionamiento sin intermitencias de un Observatorio Astronómico. Algún día habrá de realizarse esta idea.



Medios de locomoción en la Guajira.

Efectivamente, la Comisión Internacional de Límites entre Colombia y Venezuela, de la cual formamos parte, en el lapso citado, pudo determinar sin obstáculos las posiciones astronómicas de numerosos vértices de la línea fronteriza. Las constelaciones siempre se mostraron en toda su pureza y las estrellas concurrían puntualmente a la cita, de acuerdo con los instantes calculados para su paso por los hilos del campo óptico de los instrumentos. Nunca perdimos los preparativos para una observación. Otra cosa bien distinta habría de ocurrir más tarde en el Catatumbo donde la nubosidad y la grande humedad atmosférica dificultan considerablemente las observaciones estelares.

Habita la Guajira, desde antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, una raza sobria, pacífica y hospitalaria. Raza ya estudiada y descrita con mucho detalle por nuestros etnólogos. A pesar de estar en las proximidades de las grandes rutas marítimas y del contacto frecuente con los "arrijunas", o extranjeros civilizados, conservan sus costumbres y usos ancestrales y hablan orgullosamente su propia lengua. Para contar emplean el sistema decimal.

A la vera de una bella y profunda bahía, situada al N. E. de la pescadería de perlas, quiso el Libertador en un raptó de optimismo, durante el Congreso de Angostura, que se fundara la ciudad de Las Casas, capital de la Gran Colombia... Utopía, espejismo tan irreal como los juegos de luz que se dibujan en el aire, sobre las arenas candentes de las playas de Bahía Honda.

Una obra maestra de nuestra literatura tuvo como teatro de acontecimientos esta tierra áspera y mártir que hoy comienza a ser incorporada a la patria, y que estira su cuello de dromedario sediento sobre el Mar Caribe como un insomne vigía de nuestra integridad nacional. Nuestro patriotismo quiere verla cruzada de carreteras y con aguas potables y frescas, y anhela que sus sufridos y austeros pobladores den un salto de siglos y principien a gozar de los beneficios de la civilización contemporánea (Quizá no sea un mal desearles esto).



Hogar guajiro en un oasis.

Sin duda, ello vendrá muy pronto, pues la península por sus condiciones peculiares y por su clima seco y sano está llamada a ser un espléndido centro de atracción para el turismo. A través de ella podría construirse, en condiciones excepcionalmente favorables, desde todo punto de vista, una óptima vía terrestre que uniría rápidamente nuestro litoral atlántico con el Noroeste de Venezuela. Sería un lazo más de unión con nuestros vecinos y hermanos.

Fueron nuestros compañeros colombianos en esa Misión Delimitadora los doctores *Gabriel Angel Uribe* y *Felipe Santiago Barriga*, ambos ya fallecidos. El primero, Jefe de la Comisión, era un notable ingeniero, experto en astronomía, navegación fluvial, carreteras y ferrocarriles. Murió en 1950 siendo miembro del Consejo Nacional de Vías de Comunicación. Grato deber es para nosotros consagrarle en estas líneas un homenaje a su patriotismo desvelado y a su inteligencia.

El doctor Barriga, facultativo de mucha experiencia y de corazón generoso, prestó sus importantes servicios no solo a la Comisión Mixta Colombo-Venezolana, sino a infinidad de indios guajiros. A muchos de ellos que padecían de larga enfermedad les devolvió la salud. Por eso le decían los indios: «Arijuna Anás» (blanco bueno). Descanse en paz el dilecto amigo y noble compañero.

### **LA MOTILONIA**

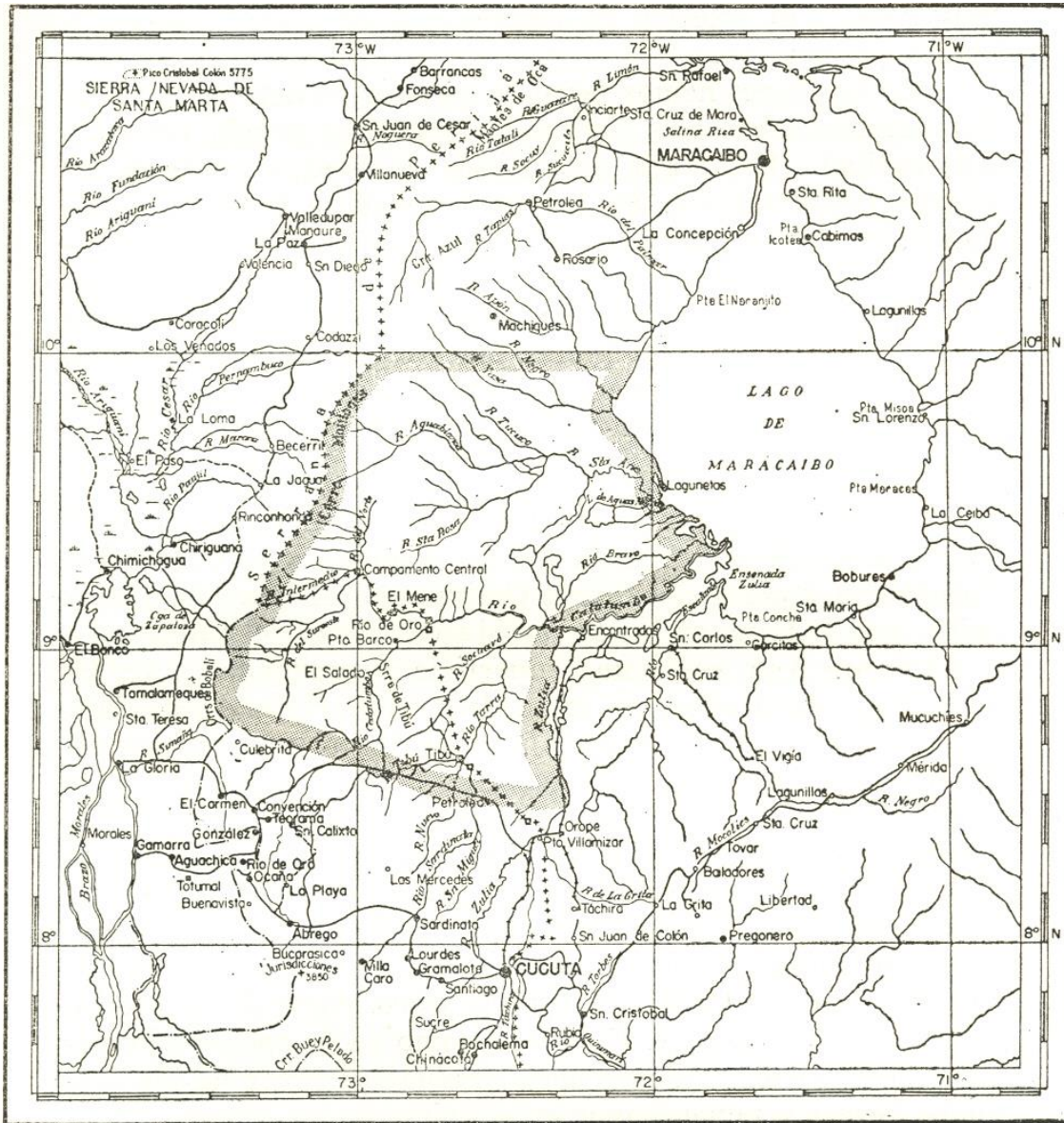
**EL AMBIENTE**-Esta segunda región, de condiciones climatéricas opuestas, de muy difícil acceso, habitada por una raza belicosa, permanece aún casi desconocida.

Ríos salvajes, selva inextricable, lluvia intensa, tempestad permanente, asechanzas mortales, es lo que encuentra el explorador que por allí se aventure. Empero, en este ambiente olímpico hallará, asimismo, la impresionante belleza y la majestad y esplendor de una Naturaleza tan indómita como en las primeras edades de la tierra. Naturaleza opulenta, pletórica de colorido, muy difícil de describir. Aquí nos viene a la memoria la imprecación de Santiago Pérez Triana, en un momento semejante, refiriéndose a la Orinoquia:

«Felices seríamos nosotros si de toda esa vida y de toda esa armonía pudiéramos trasladar a estas páginas una palpitación o una nota. ¡Vanos deseosi. Como las sombras de las aves, que pasan bajo el sol en esas soledades, pasamos nosotros sin dejar en ellas huella ninguna; y aunque ellas sí dejaron en nuestro espíritu la impresión sublime de su grandeza, y aunque a veces advertimos que nuestra alma se pierde bajo las bóvedas de esos bosques, en las honduras de esos ríos, en las profundidades de esas montañas, y que nuestro espíritu parece palpitar con el recuerdo del ambiente fresco, del aire puro de todas esas regiones, cuando queremos trasladar al papel lo que sentimos, para que otros lo entiendan, la imagen se desvanece, la palabra falla, y apenas si un eco muy remoto de nuestro pensamiento llega a grabarse en la blanca página ... ».

Muchas veces hemos pensado escribir en detalle nuestras impresiones sobre esta hermosa y dantesca región pero hemos vacilado. Están aún muy frescas y vivas, a pesar de los lustros transcurridos. Su luz nos enceguece todavía. Como dice Jorge Isaacs, las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas o descritas, «es necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria infiel». Y se requiere una pluma maestra, añadimos nosotros.

Sólo pretendemos hacer ahora una descripción panorámica. No habrá muchos detalles. Relataremos sí algunas anécdotas ilustrativas.



Frontera Internacional \*\*\* La zona delimitada así (■) esto dominada por los indios motilonés

UBICACIÓN Y POBLADORES--Entre los paralelos 8° 30' N. y 10° N., la Serranía de Perijá por el Occidente, y los ríos Zulia, Catatumbo y parte del litoral Occidental del Lago de Maracaibo, por el Este, en las hoyas hidrográficas del Catatumbo y del Santa Ana, sobre una superficie aproximada de 15.000 kilómetros cuadrados, se extiende esta porción geográfica, habitada en parte y dominada totalmente por una raza esbelta, bravia e indomeñable, desprendida del gran tronco Caribe, que lucha denodadamente por conservar su libertad dentro del terruño heredado de sus mayores. Han

sido cuatro siglos de lucha con armas desiguales, si bien con la Naturaleza de su parte. Y debe confesarse que hasta hoy van triunfando los indígenas en su empeño. Cada motilón, armado de sus flechas, es un Caupolicán, un Lautaro, digno de un Alonso de Ercilla que lo cante. En veces, como en la epopeya homérica, descienden los dioses para combatir a favor de los desnudos héroes y ponen pavor en el ánimo de los blancos advenedizos y usurpadores. Estos se achican, se reducen a su expresión mínima, cuando las fuerzas naturales desencadenadas en forma de rayo, de huracán descuajador de árboles, de aguacero torrencial, de inundación arrolladora, se hacen presentes. Los aborígenes, en cambio, familiarizados con este tremendo escenario, se agigantan, cobran bríos y se lanzan -protegidos por la noche y la selva- contra sus amedrentados enemigos que, sintiendo sus carnes traspasadas por las flechas y no viendo arqueros, se imaginan, en medio de la confusión y del horror, estar luchando contra un escuadrón de fantasmas.

Además de ser víctimas de cruentos ataques de los motilonos<sup>1</sup>, tuvimos oportunidad de oír innúmeros relatos sobre hechos similares de labios de los «bogas» de los ríos Zulia y Catatumbo. Estos hombres, habituados a todos los peligros, temblaban al referirse a los actuales caribes a quienes atribuyen virtudes diabólicas. Y no pocos afirmaban que tales seres, como el Tarzán de las historietas ilustradas, se transportan con gran rapidez de un lugar a otro utilizando, a manera de columpios, las enormes <dianas> o bejucos que cuelgan de las copas de los árboles.

Afortunadamente para los invasores blancos el número de indígenas es muy escaso, a juzgar por los pocos ranchos y sementeras que se aprecian en las fotografías aéreas.

LOS MOTILONES DEFIENDEN SU TERRITORIO DESDE LA EPOCA DE LA CONQUISTA-Desde las épocas de la Conquista y de la Colonia se ha hecho sentir y respetar esta raza, originaria de las selvas centrales del Brasil, según algunos etnólogos. Así leemos en el informe rendido a la Corona de España por el religioso Fray Andrés de los Arcos, Comisario que era en 1764 de la Orden de Capuchinos de Navarra: «Primeramente, señor, la Misión de Capuchinos de Navarra tiene a su frente por la banda de mediodía la dilatada y numerosa nación de los indios gentiles llamados Motilonos: Extiéndase tanto esta nación que ocupa un vasto territorio de más de trescientas leguas de circunferencia. Estos bárbaros hacen sus ordinarias correrías contra los blancos o españoles, ya hacia la Villa de Ocaña en la Provincia de Santa Marta o Cartagena, y ya en las inmediaciones de Barinas, Villas de Cristóbal y la Grita, de la Provincia de Maracaibo, haciendo las hostilidades que son notorias en esta última

---

<sup>1</sup> Cerca de sesenta bajas entre muertos y heridos tuvo la Comisión de Límites.

Provincia, en las haciendas de cacao de Gibraltar y Valles de Santa María, y otros, con muerte de muchos esclavos trabajadores, tanto que por no poder los Amos reponerlos para el cultivo de sus haciendas, se hallan 83 de estas abandonadas en solo los Valles de Gibraltar, Santa María y Río Chama. Esta nación es tan fiera e implacable contra los españoles, que lo mismo es verles que disparar contra ellos una infinidad de flechas, como varias veces se ha visto en diferentes comerciantes que de la Villa de Cúcuta, del gobierno de Santa Fé de Bogotá, baxaban sus cacaos por el río Zulia a la laguna de Maracaibo»,



Selvas vírgenes del Alto Catatumbo. (Aerofotografía, cortesía del Instituto Geográfico Agustín Codazzi»).

Como resultado de la penetración paulatina de las compañías de petróleo por los ríos Zulia, Tarra y Catatumbo, los indios han ido perdiendo terreno, y se han visto obligados a retroceder hacia las faldas de la Serranía, donde estando próximas las nacientes de los ríos se presentan numerosos rápidos. En los últimos años se han concentrado en la hoya del río de Oro, afluente del Catatumbo, cuyo thalweg o vaguada constituye el lindero entre Colombia y Venezuela. Allí permanecerán todavía por muchos lustros, defendidos por su bravura, detrás de ese telón luminoso tejido por las frecuentes descargas eléctricas; halo visible desde Cúcuta y Maracaibo y que llamó poderosamente la atención de Humboldt, quien lo bautizó «Faro del Catatumbo».

METEOROLOGIA DE LA REGIÓN-La hoya del río de Oro es, después del Chocó, la de mayor precipitación pluvial en nuestro territorio. Y quizá la más tempestuosa del planeta. Según medidas pluviométricas efectuadas por nosotros, sesenta kilómetros arriba de la boca del río, en los años de 1932, 1933 y 1934, la precipitación anual alcanzó a 6.000 milímetros, aproximadamente.

Todos los meses son lluviosos, con excepción de diciembre y enero, relativamente secos y tranquilos. Son frecuentes los huracanes, especie de trombas que derriban de raíz los corpulentos árboles, algunos de los cuales alcanzan a más de 60 metros de altura. La caída de estos gigantes repercute hondamente en la selva.

El ambiente saturado de electricidad es la característica dominante del río de Oro. Ello ocasionó el retiro, mejor dicho la fuga, de empleados y obreros a las pocas semanas de iniciados los trabajos de exploración. Se resignaron al peligro de las flechas de los motilones, al de las mordeduras de los numerosos ofidios y de las remibles rayas, al de la inoculación del paludismo por el anofeles, al de la navegación por rápidos encajonados entre enormes piedras, pero no pudieron habitar sus nervios a la solemne y terrífica ópera wagneriana que comenzaba cotidianamente a las seis de la tarde para terminar con las primeras luces del alba. Algunas veces los relámpagos se encadenaban unos a otros sin solución de continuidad y a su claro resplandor podía leerse fácilmente. El fuego de San Telmo se hacía presente en las hojas de algunos altos árboles. Varias fotografías tomamos en tales ocasiones.

«Llueve la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan en la atmósfera del seno del Océano Pacífico; el viento Oeste, que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del Continente; los Andes las detienen en la mitad de la carrera; aquí se acumulan y dan a estas montañas un aspecto sombrío y amenazador; el cielo desaparece; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras que amenazan a todo viviente; una calma sofocante sobreviene; este es el momento terrible; ráfagas de viento dislocadas arrancan árboles enormes; explosiones eléctricas,



truenos espantosos; los ríos salen de su lecho; el mar se enfurece; olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas; el cielo se confunde con la tierra, y todo parece que anuncia la ruina del Universo».



Selva del Río de Oror. Nótese un rancho motilón en la parte superior de la aerofotografía (Cortesía del IGAC)

Con frecuencia recordábamos la exacta descripción que hace Caldas de las tempestades del Chocó:

Viene a propósito el siguiente relato:

Nuestro compañero de Comisión, el General *Juan Clímaco Arbeláez Urdaneta*, que había sido Intendente del Chocó por largo tiempo, tenía, desde entonces, a su servicio personal, un fiel criado que lo acompañaba a todas partes. Con todo fundamento, es de suponer que dicho servidor debía estar familiarizado con aquellos desquiciamientos de la Naturaleza. Sin embargo, tal parece que comparativamente con el río de Oro en el Chocó reina la calma, pues una noche en que, como de costumbre, menudeaban los dardos de luz y se sentía en contorno el caer de los árboles fulminados, lo acometió un ataque de nervios e increpó así a su patrón públicamente: «Mi general, si a usted no le importa la vida, a mí sí. Le suplico, por lo que más quiera, que mañana mismo me saque de este infierno». Y el General tuvo que proceder en consecuencia.

¿Este ambiente electrizado, este hábitat, no habrá influido en la idiosincrasia del pueblo motilón? Caldas, a quien citaremos nuevamente, escribe en relación con esto:

«La electricidad, este agente poderoso de la naturaleza, este fluido que en las manos de Plinio era un juguete y en las de Franklin el rayo, obra poderosamente sobre nuestro ser, sobre los animales y sobre las plantas. Sabemos que acelera la circulación, la secreción de los humores, y también la transpiración. Sabemos que está generalmente esparcido en toda la naturaleza, que es más vigoroso en los lugares aislados y distantes de otros cuerpos; sabemos que no guarda ninguna ley con el nivel; cuando aquí se condensa, allí apenas es sensible; en fin, sabemos que hay una circulación continua de este fluido de la tierra a la atmósfera y de la atmósfera a la tierra. Todos los seres organizados están en la mitad de su curso y le sirven de conductores para subir y para bajar. Los árboles, las torres, los animales, todos la absorben o la dan a la atmósfera. Es verdad que los vapores son su principal vehículo; pero nosotros también tenemos una parte en esta función importante de la naturaleza.

Si un hombre habitase la cima de una colina separada de toda otra masa, haría las funciones animales mejor que otro que viviese en el fondo de un valle. Así la electricidad modificará la constitución y mudará las inclinaciones. El fluido eléctrico pone en movimiento y causa agitaciones terribles a las serpientes. ¿Por qué no ha de obrar también sobre nosotros y sobre todos los animales?. Las plantas de los lugares aislados tienen virtudes y sabor más fuerte que las mismas que nacen en los lugares humildes. De todo concluimos que es fluido activo, sutil y poderoso, las más veces invisible, que agita y conmueve la bóveda azulada, que forma el rayo, que incendia y destruye nuestros edificios, que

amenaza nuestras cabezas y hace temblar a los reyes en su trono, tiene una acción poderosa sobre nuestros órganos, y, por consiguiente sobre nuestras potencias».

Recordemos que en Popayán, cuna del sabio y de mucha gente ilustre, el ambiente es también jupiterino.

MISION INTERNACIONAL DE LIMITES. - PRIMEROS VIAJES. DIFICULTADES DE LA NAVEGACION. - PELIGRO DE NAUFRAGIO- Entre 1932 y 1938 fue explorado el curso del río de Oro por la Comisión Mixta Colombo-Venezolana de Límites. Pero la mayor parte de la región, en su interior, permanece aún virgen. Su flora, su fauna, su mineralogía, están pidiendo la intervención de los especialistas.

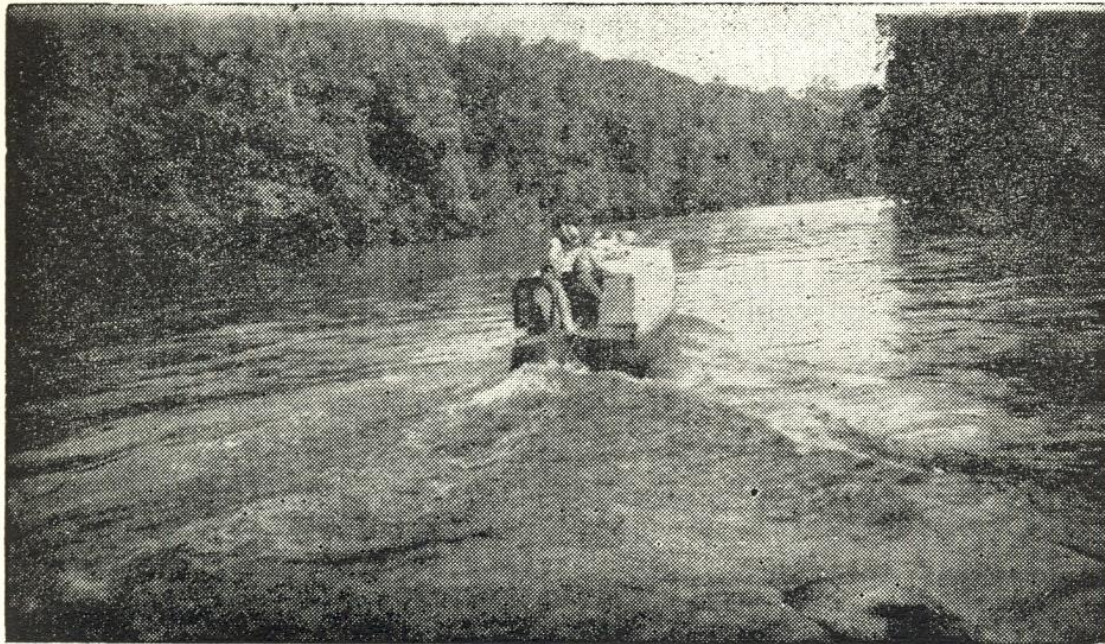
Digamos algo ahora de los primeros viajes de esta Misión:

Un día de marzo de 1932, varias lanchas de motor, de gran potencia y poco calado, comenzaron a remontar las rápidas aguas del río. Iban en ellas los comisionados de los Gobiernos de Colombia y de Venezuela, acompañados de soldados, cadeneros y trocheros, con instrumental astronómico y topográfico, con un completo equipo de campamento y un surtido cargamento de drogas. Formaban parte de la Comisión dos médicos.

Bramaba el motor de nuestra nave para impulsar la hélice que luchaba por remontar la corriente. Blanco encaje de espuma bañaba la proa. Crujía el maderamen amenazando desarmarse. En ciertos momentos el rápido superaba la fuerza del motor y la embarcación retrocedía. A veces se quedaba inmóvil. El práctico *Manuel Santana*, ante la ansiedad de los pasajeros, sesgaba entonces y probando otro camino terminaba por vencer la resistencia de las aguas. Brotaba entonces del pecho de todos una exclamación de alivio. La nao, brioso caballo al que se aflojan las riendas, se deslizaba entonces rápida y orgullosamente como queriendo recuperar el tiempo perdido.

Vencida una chorrera venía la lucha contra la siguiente, situada a poca distancia. En muchas ocasiones hubo necesidad de echar pie, o, mejor dicho, cuerpo al agua y halar las embarcaciones por medio de gruesos cables de manila (véanse fotografías). Como se comprende, el avance diario era de pocas «playas» o vueltas del río.

Una semana empleamos en subir los 60 kilómetros comprendidos entre la desembocadura y «Confluencias» o Campamento Central, indicado en el mapa adjunto.



Lancha colombiana en el Río de Oro - 1932

Santana, el práctico, muy conocedor del Catatumbo y de sus afluentes, experto cazador de caimanes, se reveló como un hábil piloto. Poseía el sentido de la navegación, aún en las aguas más peligrosas y desconocidas. Era de verlo, con mano segura, nictálope como el búho, guiar serenamente en la alta noche a la sola luz de los relámpagos. De baja estatura, musculado, de color cobrizo, de frente estrechísima y narices cortas y abiertas, de edad indefinible, es el ser humano más parecido a un cuadrumano antropoideo que jamás hayamos encontrado. Sin discusión pudiera tomarse por el eslabón perdido.

Hombre valiente y leal, analfabeto pero de aguda inteligencia natural, con un singular dónde mando, prestó servicios invaluable a la Comisión durante largo tiempo. Es posible que aún viva y que continúe bogando imperturbable, revuelta la cabellera por el viento y masticando su tabaco, por aquellos ríos indómitos. Vaya para él un recuerdo cariñoso y agradecido! En nuestra memoria su nombre está adherido a aquel paisaje de tempestad y de misterio.

El General Arbeláez Urdaneta demostró ser un cazador de primera categoría, como se verá en seguida. Al atardecer del segundo día de viaje acampamos en una hermosa playa. Mientras se armaban toldas y catres de campaña y se organizaba el servicio de vigilancia, el General tomó su fina escopeta de dos cañones e hizo filigranas con las manadas de paujiles (pavos de monte) que pasaban por sobre nosotros. «El próximo que mate va a caer sobre su cabeza», nos dijo sonriente, mientras se preparaba para disparar sobre el grupo que se acercaba. Tan perfecto fue su cálculo que el ave

herida cayó exactamente a nuestros pies, no sin habernos obligado a esquivar el golpe en la cabeza. Era, además, refinadísimo en artes culinarias, aprendidas en la capital de la gastronomía, en París. Así que nos resarcíó ampliamente del susto sufrido, con una exquisita preparación a la francesa, del propio paujil.

Santana, por su parte, cazaba caimanes con una habilidad pasmosa. Un día cazó uno delante de nosotros. Lo enjaezó con el mismo "mecate" o cable empleado para capturarlo y cabalgó en él bonitamente. Se tomaron de ello varias fotografías. El sistema empleado es colgar la carnada de un pequeño madero llamativo flotante, madero que va atado al extremo de un largo cable. La colocación de la carnada tiene su técnica especial para conseguir que el saurio quede aprisionado al tragarla. El otro extremo lo manejaba Santana, desde la ribera, halando o aflojando, hasta conseguir que el animal, ya prisionero, se cansara. Esta maniobra requería práctica y sobre todo mucha paciencia. Cuando el caimán ya estaba extenuado Santana lo sacaba a la orilla, le aseguraba las mandíbulas, y lo paseaba como un perrillo faldero.

Una vez llegados a la primera bifurcación importante del río toda la Comisión echó pie a tierra. Después de desembarcar el equipo, las lanchas regresaron para reaprovisionarnos, al puerto de Encontrados, sobre el Catatumbo.

Cuando se perdieron de vista, en el primer recodo del río, experimentamos la sensación exacta de haber perdido para siempre todo contacto con el mundo civilizado, y de estar abandonados a nuestra propia suerte, en medio de la selva virgen, entre enemigos crueles cuyo número y ubicación desconocíamos.

Esa misma noche, al comenzar la tempestad y la lluvia, atacaron los indios. Pero, afortunadamente, los nutridos disparos hechos al aire los alejaron.

En los días siguientes nos entregamos con pasión a tumbar árboles para ensanchar nuestros dominios y disminuir la inseguridad en que nos hallábamos ante nuevos ataques de los indígenas. Sin embargo, no se acercaron en aquellos días. Posiblemente estaban concentrándose para el violento y vigoroso asalto que efectuaron varias semanas después.

Al noveno día, precisamente cuando esperábamos el regreso de las lanchas, comenzaron a escasear los víveres, por lo cual nos vimos en la necesidad de racionarlos. Al undécimo día se suspendieron

los trabajos de ampliación del campamento y todo el personal se dedicó a ayudar a resolver en alguna forma, ya en el río o bien en el bosque, el máximo y grave problema: el de la alimentación. La pesca y la caza nos proporcionaron algún alivio. Un cigarrillo, un tabaco, se rifaban o eran partidos en dos o más pedazos. El duodécimo día teníamos la convicción de que nuestros compañeros habían perecido ahogados, o habían sido sorprendidos y masacrados por los indios. Entretanto, nuestros trocheros habían sido atacados varias veces, de día, y contábamos con algunos heridos en el campamento.

Al décimocuarto día, a eso de las 10 de la mañana, cuando ya estábamos pensando en fabricar balsas y arrojarlos aguas abajo, alguien de oído muy fino creyó percibir a la vuelta del río un tenue disparo. Media hora después otro disparo ya se hizo perceptible por todos. Eran nuestros compañeros. ¡Estábamos salvados!

El almuerzo aquel día fue *trimalciónico*, por lo menos así nos pareció. El General Arbeláez Urdaneta, comandante de aquel segundo viaje, fue el héroe de la fiesta gastronómica.

La difícil navegación había sido la principal causa del retardo. El General, a la hora del almuerzo, nos relató las peripecias de su viaje, así:

El descenso del río había sido rápido y sin incidentes. No así el regreso que pudo ser trágico. Al caer de la tarde, en su quinto día de viaje, acampó en una playa amplia, ya utilizada anteriormente con el mismo objeto. La noche comenzaba tranquila y los truenos habituales se oían muy lejanos. Nada hacía prever una creciente en concepto de los prácticos. Una vaca lechera que se llevaba para el campamento central fue sacada del bongo y se amarró a un estacón, a la orilla. Se organizó el servicio de guardia y el resto del personal se entregó al descanso y al sueño. Pocas horas después el nivel del río comenzó a subir lentamente. Tan pausadamente que ello no alarmó a los centinelas ya acostumbrados a esos fenómenos de fluctuación. Sin embargo, a eso de las dos de la mañana uno de ellos despertó a Santana para decirle que hacía rato se oía hacia las cabeceras del río un ruido extraño que aumentaba por instantes. Santana comprendió el inminente peligro e informó de él al General. Este ordenó el inmediato embarco. Mientras tanto ya el agua había subido considerablemente y había cubierto parte de los estacones donde estaban amarrados la lancha y el rumiante.

Debido sin duda a nerviosidad, el comisionado para desamarrar el animal confundió el estacón y soltó la lancha, la cual quedó a merced de la corriente; y aunque el maquinista logró prender al instante el motor, la hélice se enredó en el cable del *bongo* que iba remolcado, y lancha y remolque fueron arrastrados río abajo en medio de la oscuridad y de los alaridos de la gente. Algunos obreros y

soldados se arrojaron al agua y después de ganar la orilla pasaron el resto de la noche sobre las ramas de los árboles. La vaca, que no pudo soltarse, murió ahogada.

La Providencia dispuso que la lancha y su remolque, sin desperfectos de importancia, ganaran un remanso y arribaran felizmente a una orilla segura, dos o tres playas más abajo, donde los sorprendió la aurora del siguiente día.

El General Arbeláez contaba que mientras navegaban hacia una inevitable catástrofe, arrastrados por las furiosas aguas, esperando el golpe definitivo contra una de las grandes piedras del cauce, fueron muchas las misas que ofrecieron (como Colón en circunstancias similares al regreso de uno de sus viajes) si lograban sobrevivir al duro trance. (Religiosamente y en corporación lo cumplieron días después en Encontrados).

Un obrero duró perdido varios días en la copa de un árbol. No se atrevió a mover de allí temeroso de topar con los amigos motilonos. El día en que sus compañeros lo encontraron, más muerto que vivo, lo rebautizaron con el bíblico y sugestivo nombre de «Moisés».

Las crecientes súbitas y arrolladoras del río produjeron muchas escenas de esta índole. Algunas no pasaron de cómicas, pero otras revistieron gravedad y dejaron trágico saldo de muertos y heridos. Así un joven oficial que portaba cinturón con revólver y cápsulas fue, al volcarse la canoa en que viajaba, arrastrado hasta el fondo del río, donde murió ahogado.

Otro día, subiendo hacia el campamento central el personal directivo de la Comisión colombiana, aconteció que una de las lanchas no pudo vencer un rápido. Al devolverse la lancha capitana para prestarle auxilio chocó contra la filuda arista de una roca y se rompió la proa. Esto nos obligó a acampar allí mismo, en una playa alta y que, por lo mismo, parecía segura. Por la noche, cuando todavía se trabajaba en el arreglo de la avería, se presentó intempestivamente la creciente. Fue tan rápida que no dio tiempo para desarmar toldas ni embarcar los catres y hamacas. El agua inundó las tiendas de lona, cubrió los catres armados en el suelo, y arrastró ropa y enseres personales. Gracias a Dios la inundación bajó con rapidez. Y era de verse al día siguiente, con los primeros rayos del sol, cómo la gente trataba de secar la ropa que había logrado rescatar y buscaba afanosamente entre la arena zapatos, relojes, estilógrafos etc. El ingeniero *José Vicente Dávila Tello*, nuestro gentil y recordado compañero, tuvo una valerosa actuación esa noche, noche en que pudimos perecer todos debajo de las aguas. En medio de la tormenta y de la inundación, con sangre fría y sin cuidar de su propia persona, dirigió los trabajos de salvamento de la lancha hasta ponerla nuevamente a flote. Gracias a ello pudimos continuar el viaje sin haber perdido nada del valioso instrumental que llevábamos.



General Juan Clímaco Arbeláez Urdaneta e ingeniero José Ignacio Ruíz cerca de uno de los hitos fronterizos

TRABAJOS EN EL CAMPAMENTO CENTRAL. - CURIOSOS EFECTOS DE LA DESCARGA ELECTRICA. - ERECCION DE PARARRAYOS. - SU EFECTO PREVENTIVO- Pero volvamos a los trabajos iniciales en el campamento central, que bautizamos «Confluencias» por haber quedado en la vecindad de dos de ellas. Efectivamente, muy cerca de la confluencia de los ríos del Norte y del Suroeste (así denominados por nosotros debido a su orientación) se halló un nuevo río, afluente del río del Norte, al cual pusimos por nombre «Intermedio». (Véase mapa). Este curso de agua fue el escogido más tarde por los Gobiernos como lindero internacional.

En «Confluencias», después de establecer el campamento y de tomar elementales medidas de seguridad contra los ataques de los enemigos de arco y flecha, procedimos a determinar la posición



geográfica (latitud y longitud) y la dirección de la meridiana. Cada comisión hizo separadamente las observaciones astronómicas y luego se compararon y promediaron los resultados. En seguida se verificó el levantamiento topográfico detallado de los tres ríos mencionados, en la zona adyacente al campamento central, y se iniciaron los aforos de los caudales respectivos.

En el primer viaje de subida los ingenieros de la comisión colombiana levantamos un croquis del río, a rumbo y distancia aproximados. Este rápido croquis se ejecutó sin salir de las embarcaciones y sin interrumpir el viaje. Como se comprende el hierro de la lancha alteraba notablemente las indicaciones de la brújula, y las distancias apreciadas a ojo tenían grandes errores. Empero, tal croquis ajustado en sus extremos, mediante las coordenadas astronómicas determinadas en el Campamento Central y en la boca del río, suministró un primer plano que resultó -por virtud del ajuste- de una asombrosa concordancia con el que meses más tarde se levantó, ya con todo cuidado, por medio de la plancheta. Es, pues, recomendable este método para levantamientos rápidos, escalonando convenientemente puntos astronómicos de apoyo.

La Comisión hizo múltiples observaciones hipsométricas para determinar la altura sobre el nivel del mar de la confluencia de los ríos del Norte y del Suroeste. Durante varios días se practicaron las observaciones por la mañana, por la tarde y al medio día, procurando hacerlas a la hora de la presión máxima, de la mínima y de la media, respectivamente. Es interesante comentar los resultados: en la época lluviosa (que es la más larga) cuando la humedad relativa permanecía muy cerca del 100%, la altura obtenida como promedio varios meses de observaciones fue de 60 metros sobre el nivel del mar; en cambio las observaciones efectuadas en diciembre y enero (época seca) dieron un valor promedio de 90 metros. Esta importante diferencia de 30 metros es, pues, imputable al efecto de la humedad atmosférica, e indica que en las determinaciones hipsométricas o barométricas no debe prescindirse del factor correctivo correspondiente.

Se efectuaron, asimismo, observaciones pluviométricas y de temperatura ambiente. La lluvia anual (por los años 1932, 1933 y 1934) fue del orden de 6.000 milímetros, como ya se dijo.

En vista de las numerosas descargas eléctricas se erigieron, convenientemente distribuidos, ocho altos pararrayos de cobre. El efecto protector fue notorio. Principalmente cumplieron a cabalidad su misión preventiva, o sea la de dejar escapar paulatinamente la electricidad terrestre. Las aguzadas puntas fulgían en la noche. Después de instalados los pararrayos fueron pocos los rayos que cayeron dentro de la zona protegida.

El efecto producido por un rayo es, a veces, inverosímil. Una noche cayó uno sobre una garita construida en la copa de un árbol. El rayo atravesó el fusil del centinela, disparándolo, y bajó a tierra

por entre la escala de acceso hecha de madera y alambre, escala que se encontraba recostada al tronco del árbol. El soldado resultó ileso, salvo quemaduras sin importancia. En cambio la escalera quedó prácticamente pulverizada.

OTRO SERIO PELIGRO. - LOS OFIDIOS. - RELATOS SOBRE CULEBRAS. - LA MUJER QUE PARECIA UNA SERPIENTE. - CUADRO DANTESCO-En el Catatumbo y en el río de Oro pululan las serpientes. En un solo día los trocheros mataron más de treinta. Entre las venenosas abundan la cascabel, la taya equis, la mapanare o mapaná, y las pequeñas «corales». Por ello a todas partes llevábamos con nosotros sueros antiofídicos polivalentes. Aprendimos a distinguir al primer golpe de vista la venenosa de la que no lo era. La primera con su cola corta y gruesa y su ancha cabeza romboidal nos hacía poner en guardia inmediatamente.

Por algún tiempo estuvo un médico venezolano quien, para el estudio y clasificación de los diversos venenos, las cazaba vivas. Tenía un don especial para atraerlas y cautivarlas. No necesitaba, como los que manejan los «serpentarios» (criaderos de serpientes) del Brasil, untarse ningún líquido para adormecerlas y apaciguarlas.

«Hay personas así» nos decía el facultativo. No le creíamos. Sin embargo, años más tarde tuvimos oportunidad de oír la confirmación de este hecho inverosímil de labios de la esposa de un médico, una noche en uno de los barcos del río Magdalena. El impresionante suceso es como sigue:

Navegábamos a la hora del crepúsculo entre Puerto Berrío y la boca del Carare, en uno de los barcos de la Naviera Colombiana. El buque sufrió una pequeña avería y hubo necesidad de arrimarlo a una barranca para arreglarlo más cómodamente. La embarcación se apegó en tal forma a la orilla que la rama de un gran árbol penetró al salón-comedor y quedó a la vista y al alcance de la mano de los pasajeros que en ese momento hacíamos sobremesa.

Como llevábamos varios días de navegación ya reinaba alguna familiaridad entre nosotros. «Peligroso, señora, le dijimos, con cierto escalofrío, a la dama que teníamos en frente, señalándole la frondosa rama, que esta noche nos visiten las culebras».

«¿Peligroso, dice usted?, nos replicó. «Para mí sería la mayor dicha».

Y, ante nuestra cara de asombro y la no menos larga de los vecinos, añadió:

«En serio. Si me ponen a escoger entre una cascabel y una joya, prefiero la primera», y agregó entusiasmada, subiendo la voz: «Mi padre, de Cartagena, era médico. Preparaba específicos contra la mordedura de serpientes. Me crié viendo por todas partes frascos que contenían culebras, unas

vivas y otras muertas. Eran como mis hermanas. Mi marido también es médico y tiene parecidas aficiones. Como fue por varios años empleado de una Compañía de Petróleos, en el Catatumbo, tuve ocasión de vivir allí mucho tiempo. Mi primer hijo nació en un campamento, en plena selva. Los peones me llevaban de obsequio culebras y más culebras. Unas las guardaba conmigo. Otras las colocaba en la cuna de mi hijo. Nunca nos mordieron, ni aún las más feroces y venenosas.

Una vez quise vengarme de una gringa» que me había hecho un pequeño desaire. Al efecto, guardé en el bolsillo del pecho de la blusa una pequeña víbora, la cual tenía amaestrada y salía súbitamente al percibir cierta señal. Fui a visitar a la extranjera con cualquier pretexto. Tan pronto estuve frente a frente, hice la señal. La serpiente brincó como un resorte y le hizo una graciosa contorsión a la señora, cerca de la nariz. La «gringa» se desmayó, y poco faltó para que falleciera. Su pelo de rubio pasó a blanco. Convengo en que mi desquite fue excesivo».

Todos quedamos mudos y en tremendo estado de excitación nerviosa. Un golpe de viento hizo ondular en la penumbra la rama del árbol. Instintivamente nos apartamos de ella. La dama del relato, en cambio, se acercó y acarició las hojas, y volvió luego a mirarnos fijamente. La escudriñamos, como hasta entonces no lo habíamos hecho. Tenía, esta singular hija de Eva, una faz extraña. La frente estrechísima y los pómulos salientes le daban forma romboidal a su rostro. (Antes habíamos observado que su lengua era afilada y su voz silbante). En la sombra sus ojos llameaban como los de una víbora. Su cuerpo largo, de talle cimbreante, completaba la horrible ilusión. No había duda: aquella mujer había salido de una de las incubadoras del médico de Cartagena. Como ella decía las otras culebras eran sus hermanas. Afuera el viento comenzaba a silbar entre los árboles y los ruidos de la oscura selva se oían dentro del buque mismo. Un temblor involuntario nos sacudió los huesos. Con una inclinación de cabeza nos despedimos de la dama. No volvimos a verla jamás. Parece que desembarcó en el próximo puerto. Tal vez se internó dentro de la selva...

La cascabel abunda notoriamente, tanto en la Motilonia como en la Guajira. Se ve que no le importa la mayor o menor sequedad del ambiente. En la Guajira, en el Morro de las Calaveras, cerca de Castilletes, estando con el doctor *Felipe Barriga*, vimos el mayor número de serpientes de cascabel, reunidas, que pueda imaginarse. Ello fue así:

Buscábamos, cerca del Morro, vértice de la línea fronteriza, un lugar adecuado para determinar la posición astronómica. Elegimos un sitio donde se alzaba un pequeño rancho abandonado, de techo y paredes de "yotojoro" (especie de junco, muy consistente, obtenido del alma del cardón). Resolvimos no armar la tolda que llevábamos, y, en cambio, utilizar el rancho para guardar los

instrumentos y pasar la noche allí. Al efecto colgamos las hamacas dentro del rancho, afianzando los extremos de los lazos en las costillas del techo.

Como la determinación astronómica era urgente, iniciamos trabajos aquella misma noche. Barriga actuó como cronometrista. A las 3 de la mañana, fatigados, nos tendimos en las hamacas y nos quedamos profundamente dormidos.



Comisión Mixta de Límites - 1931

Sentados: Ing. Siro Vásquez, venezolano; Ings. Uribe y Ruiz, colombianos.  
De pie: médico Herrera y teniente Angarita, colombianos.

Serían las 6 de la mañana cuando el médico con el revólver en la mano, se acercó a nuestra hamaca y, despertándonos, nos dijo con cara de angustia: «Quédate quieto que voy a matar una culebra que está en el techo, precisamente encima de ti». Y nos señaló con el dedo la cabeza de la serpiente que sobresalía de la malla de "yotojoro", a pocas cuartas de nuestra cabeza. Hecho el certero disparo, la serpiente herida de muerte se deslizó hacia afuera y terminó por caer al piso, donde quedó inmóvil. Medía más de dos metros y tenía numerosos cascabeles.

Tomamos café y nos volvimos a recostar en las hamacas a comentar el peligro en que estuvimos. Entonces, por broma, le dijimos al médico, fingiendo horror y haciendo que miráramos fijamente un punto del techo, sobre su cabeza: «Felipe, tú estuviste en mayor peligro. A menos de dos cuartas de tu cabeza está la compañera y parece querer atacarte». Felipe volvió a mirar vivamente al punto

indicado, con el revólver listo. La sorpresa fue nuestra e inmensa cuando lo oímos exclamar: «Tienes razón, y es más grande». Y disparó. Segundos después se contorsionaba la serpiente herida, en el suelo, cerca de la otra. Unos golpes adicionales la remataron. Nunca nos atrevimos a contarle que sólo habíamos querido hacerle una chanza. A pesar de que ella pudo salvarle la vida.

Inmediatamente nos levantamos, y con ayuda de los cadeneros inspeccionamos detenidamente el rancho. Después de descubrir y matar 6 ofidios más le prendimos candela. Y entonces fue el cuadro dantesco: Por entre el humo y las llamas vimos -con los cabellos erizados y las piernas flojas-huir en todas direcciones muchas serpientes más al son de sus propios cascabeles. Chamuscadas y dándose latigazos parecían bailar una danza macabra.

El médico nos recetó un brandy doble. El, por su parte, se sirvió yapuró uno triple.

EXPLORACION DE LOS AFLUENTES. - BOHIOS DE LOS INDIOS. ATAQUES DE ESTOS. -OBSEQUIOS PARA ELLOS. - POLITICA DE PAZ. La exploración de los ríos del Norte y del Suroeste se hizo por tierra, abriendo trochas paralelamente al curso de las aguas. En muchas ocasiones tropezamos con las magníficas abiertas por los motilones, las cuales -a diferencia de las nuestras- se mantenían limpias de todo rastrojo. Varias veces colocaron, en señal de reto, a la entrada de ellas, dos flechas clavadas en tierra, una de cada lado del camino. Hicimos todo lo posible por respetar su voluntad no transitando por tales caminos. Pero en alguna ocasión el entonces teniente *Juan Lizarazu*, excelente compañero de quien conservamos gratos recuerdos, y el topógrafo señor *Mario Gómez Moreno* -en misión exploradora y acompañados por varios soldados- se vieron forzados a penetrar por una de tales sendas para completar un croquis topográfico. A poco andar encontraron, muy bien mimetizados entre el ramaje, a lado y lado del sendero, varios puestos especialmente acondicionados para la permanencia de vigías. Ciertos indicios les indicaron que acababan de ser abandonados por tales centinelas. Más adelante la trocha desembocaba en una extensa área desmontada y limpia, dedicada a la labranza. Principalmente se cultivaba allí la piña, el algodón y la yuca. También había plátano, aguacates y ahuyama.

En el centro del plantío se alzaba un inmenso y hermoso rancho pajizo de diez metros de altura, de dos vertientes que bajaban hasta el suelo mismo, y rematado en sus extremos por medios conos. La longitud del rancho era de cuarenta metros, más o menos. Aparentemente sin puertas ni ventanas, pues las entradas estaban disimuladas a flor de tierra. Por dentro, dividido en varios pisos, daba la impresión de estar sirviendo de albergue a toda una tribu. En uno de los pisos, destinado a depósito de armas, encontraron un arsenal de millares de flechas y de centenares de arcos. No había una sola

persona y el silencio era impresionante. Lo cual indicaba que los centinelas habían dado oportuno aviso de la proximidad de gente extraña.

Pocos minutos duró la paz de esta visita, pues el silencio fue interrumpido por gritos estridentes que provenían de todas direcciones. Los visitantes estaban, pues, completamente rodeados. En seguida cayeron las primeras flechas. Disparando nutridamente al aire, al acaso, los exploradores emprendieron con vertiginosa rapidez la retirada. Era lo aconsejable ya que ellos eran muy pocos y los atacantes, con mucha probabilidad, una muchedumbre. Fue una maratón salvadora hasta el propio campamento, a donde algunos llegaron tan extenuados que no podían hablar. Dos o tres cayeron desmayados. Y lo peor de todo, lo que más los preocupaba e indignaba: habían sido atacados pero no habían visto un solo indio!

En los días siguientes los motilones nos pagaron esta visita repetidas veces. Los asaltos se efectuaban invariablemente de noche. Los primeros flechazos eran para las lámparas que iluminaban el perímetro del campamento. Nos habituamos a dormir con el revólver debajo de la almohada, listos a empuñarlo si fuera necesario.

Cuando se realizaron las primeras acometidas la confusión fue completa. Nunca olvidaremos una noche horripilante, pues muy poco faltó para que nos matáramos a bala los unos a los otros. Los indígenas lograron apagar las lámparas y en seguida atacaron e hirieron gravemente a varios centinelas. Luego se retiraron. Pero los soldados y obreros, enloquecidos por el terror, dispararon sin control a cuanto bulto distinguían en medio de la oscuridad, y se hirieron entre sí. Un capitán venezolano recibió cinco balazos en la espalda, afortunadamente tangenciales. Y así se presentaron otros casos más o menos graves, tanto de heridas como de crisis nerviosas.

Para evitar nuevos desórdenes y repeler mejor los ataques, las comisiones se organizaron militarmente, con un mando único tanto para el personal civil como para el militar. Y hasta se llevaron a cabo, en la alta noche y sin aviso previo, simulacros de ataque y defensa para poner en práctica rigurosa las disposiciones adoptadas.

Desde los primeros días de nuestra llegada a la Motilonia, por acuerdo mutuo de las dos comisiones delimitadoras, se puso en vigencia una política de paz y amistad con los aborígenes. Sus vidas fueron sagradas para nosotros, a pesar de su actitud belicosa. Sus sementeras, escolleras para la pesca, sus balsas etc. fueron respetadas. En sitios estratégicos colocamos, adecuadamente protegidos contra la lluvia por medio de lonas y encerados, diversos regalos de cosas que suponíamos les fueran útiles o despertaran su curiosidad, como machetes, hachas, sal, espejos, collares etc. Les agregamos algunas revistas ilustradas. Por algunos indicios dedujimos que los indios habían inspeccionado los presentes,

pero no habían decidido aceptarlos. Esto fue al principio, pues más tarde resolvieron llevarse la sal, las hachas y los machetes; no así los espejos y bagatelas; tampoco las revistas.

Los ataques sangrientos de que fuimos objeto no hicieron variar en lo más mínimo nuestra humanitaria línea de conducta.

Y así cuando en 1935 el notable escritor y cronista *Joaquín Quijano Mantilla* denunció por la prensa algunos actos crueles de que habían sido objeto -como represalia- tales indígenas, en la zona de la «Petrolea», en el Catatumbo, pudimos explicar satisfactoria y públicamente cómo las Comisiones de Límites estábamos procediendo, aún a costa de nuestras vidas, con un profundo sentido de humanidad hacia aquellos prójimos salvajes, cuya actitud comprendíamos y cuyo temerario valor admirábamos.

Estuvimos de acuerdo con el inolvidable y generoso amigo Quijano Mantilla en que la Motilonia es de los motilonos. Según esta tesis lo que se extrae de su subsuelo debe devolverse en cultura y civilización que beneficien directamente a la orgullosa, sana e inteligente raza que allí habita. Expulsarlos a sangre y fuego, como algunos proponen, y es, además de anticristiano, un funesto y costoso error.

Las grandes fuerzas de la naturaleza, hoy en desorden allí, deben encadenarse, regularse y ponerse a servicio del hombre, pero principalmente en beneficio del hermano motilón.

A fuerza de regalos y de paciencia logramos que, algunos meses después de instalados en Confluencias, cesaran los ataques. Sin embargo, cuando nos trasladamos varios kilómetros hacia el Norte, por el río de este nombre, los actos hostiles se reanudaron. Posiblemente nos ubicamos cerca de una familia motilona distinta, la cual reclamaba también sus correspondientes dádivas. Efectivamente, las obtuvieron. Y poco a poco se llegó a un cese casi completo de hostilidades, en ese sector.

DIFICULTAD PARA OBSERVAR UN INDIOS DE CERCA. - GRAN PODER DE SUS ARMAS. - OCASIONES EN QUE SE DEJARON VER. - ATAQUE FRUSTRADO A DOS INGENIEROS. - Los INDIOS NO LE PONEN VENENO A SUS FLECHAS NI SON ANTROPOFAGOS. - RELATO DE LA MUERTE DE UN INGENIERO SUIZO-Es bien difícil contemplar un indio de cerca. En los actos de guerra se esconden y mimetizan detrás de los árboles. La tupida e inextricable selva, que para ellos no guarda secretos, es su aliada natural. En cambio al explorador visitante le ofrece toda suerte de obstáculos y de enigmas. En su laberíntica catedral de millones de columnas es muy fácil perderse.

En cierta ocasión un geólogo y su comitiva -a pesar de la brújula- no pudieron descifrar el dédalo verde y se extraviaron. Una noche pasaron fuera del campamento con la consiguiente consternación de ellos mismos y de nosotros, sus compañeros, que los aguardábamos con impaciencia.

Las selvas del río de Oro son de excepcional hermosura. Sus árboles inmensos de copas entrelazadas forman la catedral de la pesadumbre de que habla Rivera «donde dioses desconocidos hablan a media voz». El ser humano, tan insignificante como una de aquellas hojas secas que tapizan el suelo de la majestuosa basílica vegetal, consciente allí de su pequeñez, siente el impulso irresistible de prosternar se y orar. De orar humildemente en ese altar incomparable y de alabar al Divino Autor de tan inefable obra de arte. Muchas veces caímos en éxtasis semejantes como atacados por una extraña fiebre mística.

Abundan las ceibas milenarias de troncos de gran diámetro y de bases en forma de estrella, los cedros y caobos, el ébano y las palmeras de infinidad de variedades. Del durísimo corazón de una de ellas (la «Guillelma Speciosa»), denominada macana, los indígenas fabrican armas y diversos utensilios. Los arcos y las flechas (de 2 metros de longitud) que fabrican con la macana, la que tallan y pulen primorosamente, son obras de joyería. El dardo, con arpona dura múltiple y muy aguzado, tiene un gran poder de penetración. Durante un asalto a una lancha, una de tales flechas fue lanzada con tal fuerza que, después de atravesar la doble malla metálica de la embarcación, se clavó fuertemente sobre una tabla de cedro. A pesar de que ésta tenía una pulgada de espesor la punta del dardo la perforó completamente.

Entre las flechas que conservamos hay una que nos fue dedicada, pero -a Dios gracias- se desvió. Pasó a pocos milímetros del estómago sin herirnos. Ello fue una tarde cuando bajábamos en canoa por el río Suroeste después de practicar un aforo. La canoa se arrimó demasiado a una orilla donde estaban emboscados los indios. Varias flechas fueron disparadas, pero la gran velocidad que allí tiene la corriente nos salvó. Con nosotros iba dialogando, frente a frente, el dilecto amigo venezolano, recordado compañero de la Guajira, del Catatumbo y del río de Oro, doctor *Miguel Ángel Calcaño*. Notable ingeniero y eminente compositor de música selecta, el doctor Calcaño también estuvo a pocos milímetros del mensaje, o mensajes de muerte. Y era de verse cómo las flechas nadando verticalmente ( por la gran densidad de la macana), mostrando sólo la parte posterior que es de caña, de poca densidad,• siguieron escoltando nuestra canoa, muy de cerca, hasta el propio campamento donde las atrapamos. Como un «cariñoso» recuerdo conservamos una de ellas en nuestro archivo motilón.



Además del doctor Calcaño debemos hacer mención especial muy cariñosa de todos nuestros compañeros venezolanos. De los ingenieros *Enrique, Jorge y Santiago Aguerrevere, Luis Morales Padilla y de los hermanos Luis Felipe y Armando Vegas. Asimismo, de los Coroneles Francisco Conde García y J. de D. Celís Paredes*. Todos cumplidísimos caballeros y funcionarios quienes continúan ocupando en su patria una alta posición profesional y social).

(Del doctor Siro Vásquez, muerto recientemente, hablaremos más adelante).

Es una gran fortuna que los motilones no le pongan veneno a sus flechas. En ningún herido se presentó síntoma de envenenamiento. Centenares de ellas fueron examinadas sin hallarles ponzoña. Tal parece que algún principio ético o religioso les vedara ese recurso innoble. (No sucede así con las demás tribus americanas). Sea ello un ejemplo para los ultra civilizados del siglo XX.

Como dijimos atrás es muy raro ver un indio motilón. Sin embargo, tuvimos la suerte de contemplarlos a nuestro sabor en cuatro ocasiones.

Una mañana observábamos desde el campamento central, cómodamente sentados en un silla de lona, con unos poderosos binóculos, la ribera derecho del río del Norte, cuando, en una forma completamente casual, captamos en el campo óptico del antejo toda una asamblea de indios. Semirrecatados por unas ramas, estaban a unos 500 metros de distancia, y en actitud despreocupada. Parecían deliberar. Apenas distinguirían como pequeños bultos las personas de nuestro campamento. En cambio nosotros los pudimos observar con precisión y claridad, como si estuvieran en nuestro domicilio. Todos los binóculos y anteojos de los teodolitos, como en una singular función de teatro, prestaron servicio aquella mañana. Todos queríamos mirarlos. Estaban completamente desnudos, hombres y mujeres. Sus cuerpos eran altos, esbeltísimos, de color de hoja seca. Eran unos veinte. Miraban hacia nosotros con insistencia. Estaban algunos armados, pero la actitud de todos era tranquila y pacífica. Sus ademanes eran lentos y elegantes. Todos, inclusive las mujeres, tenían el pelo corto y negrísimo. No había uno solo rubio, como algunos imaginan que son los motilones. Al parecer estaban en la flor de la edad. No había niños ni ancianos.

Después de mirarlos y remirarlos más de media hora, y con el temor de que se retiraran de un momento a otro, resolvimos enviar una lancha hacia ellos con algunos presentes. Mientras la lancha cubría la distancia seguimos observando por los anteojos de larga vista. Los indios esperaron tranquilamente. Cuando la embarcación estuvo próxima al sitio donde se encontraban, se fueron retirando uno a uno sin muestras de temor. y solo uno permaneció, el cual preparó su arco y su flecha. Y al quedar la lancha inmóvil y lista para atracar el indio disparó su flecha la que rompió la malla metálica protectora, y cuando desembarcó el primer soldado, disparó una segunda con la cual

le atravesó el brazo portador del fusil. Acto seguido desapareció entre los árboles. (Cabe aquí observar que el disparo predilecto de los motilones consiste en atravesar el brazo derecho con la flecha y coserlo al tórax).

Los comisionados desembarcaron y, a pesar del recibimiento poco amistoso, dejaron los regalos en el lugar donde estuvieron reunidos los indios. A los pocos días, parte de los obsequios (las hachas y los machetes), con gran satisfacción nuestra, habían desaparecido. Comenzábamos a ganar la batalla del apaciguamiento!

Otro día, mientras dibujábamos un croquis desde la cima de un collado pudimos contemplar -también con binóculos-un grupo de mujeres y niños que se entregaba a los placeres del baño y de la natación en un bello remanso del río Intermedio. El aspecto general de ese grupo era el mismo ya descrito antes.

Una mañana, cerca de las nacientes del río del Norte, mientras nadábamos en un pozo de aguas cristalinas y frescas observamos, sobre una gran piedra situada en el recodo del río, a pocos pasos de distancia, a dos hombres jóvenes que parecían tomar un baño de sol alegremente. Pensamos en el primer momento, por su actitud de confianza, que eran dos de los trocheros que iban a disfrutar del agua cerca de nosotros. Cuando les hicimos señas de que se acercaran, hablándoles al mismo tiempo, desaparecieron ágilmente dando saltos inverosímiles por sobre las piedras del río. Estaban desnudos y sin armas. Sus ademanes nos parecieron cordiales y quizá un poco juguetones.

Y así, por el estilo, en una cuarta ocasión, también muy cerca, a tiro de flecha.

Algunos tratadistas afirman que los motilones son antropófagos. En nuestro concepto no lo son. Tuvieron amplia oportunidad de demostrárnoslo y no lo hicieron.

En el libro «*Los aborígenes del Occidente de Venezuela*», del notable etnólogo venezolano Alfredo Jahn, se lee el relato del encuentro del cadáver del ingeniero suizo Kuhn, muerto por los motilones, en 1926, en el río Lora, afluente del Santa Ana. Kuhn trabajaba con la Colon Development Company y fue enviado a las cabeceras del río Lora, en compañía de otro técnico y de algunos peones. Allí fueron sorprendidos por los indios. El ingeniero cayó víctima de varios flechazos. Sus compañeros lograron escapar y llevaron la noticia al campamento más próximo, donde se organizó una expedición para rescatar el cadáver. Veamos cómo, uno de los miembros de esta fúnebre comisión, describe el encuentro de los despojos mortales del infortunado ingeniero:

«Llegamos junto al cuerpo de Kuhn, precisamente donde cayó. El sitio era ideal para una emboscada. Enviamos un centinela que vigilara en torno al lugar y ordenamos a los peones tener listos ojos y oídos. Estos sabían manejar bien sus fusiles. Descubrimos el sitio donde se había estacionado, oculto tras una roca, el indio que mató a Kuhn. El punto había sido preparado para el crimen».

«Del examen resultó que el cadáver de Kuhn fue despojado de toda ropa. La cabeza fue separada con excepción de un pedazo de piel de la nuca. La mano derecha fue cortada en la muñeca y evidentemente con un cuchillo de mucho filo. La mano se la llevaron. El diafragma fue cortado también, dejando el cuerpo casi abierto. El corazón había sido arrancado y llevado. Kuhn tenía una honda herida, una puñalada, sin duda, en el punto mismo del corazón y hecha después de la muerte. La pierna derecha fue cortada en el muslo, hasta el hueso, como con un machetazo.

«Otro examen demostró que Kuhn había sido herido con cuatro flechas. Una se le clavó debajo del hombro derecho, en la espalda, a una pulgada de la espina dorsal. Otras dos atravesaron el cuerpo, muy cerca de la columna vertebral, encima de la línea del chaleco. La cuarta claramente se le hundió en los riñones. Esta última fue la única flecha encontrada en el cadáver, pero bien claro se veía donde las otras habían se clavado; habiéndolas luego arrancado. La más baja se quebró probablemente cuando Kuhn cayó».

«Siendo imposible trasladar el cuerpo, cavamos una fosa en un lugar protegido, detrás de la roca que sirvió de atalaya al indio que asesinó a Kuhn. Con toscas herramientas hicimos la tumba y los peones apilaron rocas sobre ella. A la cabeza de la tumba está un árbol que grabamos. Esculpimos su nombre, el día de su muerte, y recogiendo un cántaro de pintura, abandonado por unos de los peones de Kuhn, pintamos la inscripción para resguardarla de la lluvia».

«Llevarnos el cadáver hubiera sido imposible. Allí no hay sino sucesión de serranías y lo más que puede hacer un hombre es lograr escalarlas y dejarlas atrás. La selva es tan oscura que, ni cuando el sol está en el cenit, penetraba en ella un rayo de sobo

«Ya enterrado Kuhn, inspeccionamos el lugar del crimen y comprendimos que todo había sido bien preparado. El hombre seleccionado para el tiro por mampuesto eligió evidente mente el escondite tras una roca bastante grande, de manera que Kuhn no pudiera verle, aunque el indio estaba solo a seis pies de distancia cuando disparó el arco. La investigación demostró también el que el acecho de los otros indios había sido bien preparado, de 25 a 75 pies de distancia, más o menos, del sendero que, por la parte de atrás, escala la colina en declive».

«Allí encontramos trece flechas. Diez estaban clavadas de punta en la tierra, alrededor del cadáver de Kuhn. Estas flechas estaban rotas y quizá fueron clavadas en el sitio del crimen como una cominación o como el tributo de cada indio testigo presencial de la muerte de un hombre blanco».

Como se desprende de este interesante relato los indios dejaron en su sitio el cadáver, con excepción de la mano derecha y del corazón, los cuales se llevaron. Tuvieron tiempo suficiente para consumir todos los despojos o llevárselos y no lo hicieron. Con todo, queda abierto el interrogante sobre su antropofagia.

EL PALUDISMO. - MEDIDAS SANITARIAS-El clima de la región es apropiado para el desarrollo del anofeles, vehículo transmisor del paludismo. Así, pues, por consejo de los médicos *Luis Francisco Herrero y Epaminondas Sánchez*, competentes y abnegados profesionales cuya actuación fue ejemplar, se observaron desde el primer día con rigidez las medidas preventivas fundamentales como la ingestión cotidiana de quinina y el uso del catre o de la hamaca, para dormir, con su respectivo toldillo cuidadosamente colocado. Ambas cosas muy desagradables. En los contratos celebrados con los trabajadores, en Cúcuta y en Encontrados, se estipuló como causa de destitución fulminante el no cumplir con las prescripciones sanitarias mencionadas y con otras igualmente importantes, como el uso constante del calzado para evitar la anemia etc. etc. Estas precauciones dieron buen resultado.

Con todo, no dejaron de presentarse algunos casos graves, especialmente entre los ingenieros que, durante las observaciones astronómicas nocturnas, se exponían a las inyecciones musicales de los zancudos. Desde luego, en estas ocasiones también el eran blanco tentador para las arponadas flechas de los indios, quienes lograban lanzar sus proyectiles a distancias superiores a cien metros como pudimos verificarlo varias veces.

LA BELLEZA DE LA SELVA VIRGEN. - SE DESCUBRE UNA ALTA CASCADA. - NOCHE EN PLENA SELVA-Para estudiar la orografía de la región hubimos de emprender también largas y peligrosas exploraciones, perpendicularmente a los cursos de agua. En esa forma, alejándonos del cauce, pudimos utilizar colillas aisladas y estribaciones de la cordillera como puntos de apoyo «miradores» para dibujar croquis hidrográficos y orográficos. Eran excursiones plenas de emoción y de sobresaltos ya que avanzábamos por entre selva virgen, rompiendo malezas y bejucos, esperando instante por instante una sorpresa; o bien descubrir un portento de la naturaleza, árbol, ave o flor, o, por el contrario, caer acribillados por los dardos de macana en una emboscada de muerte.

A pesar de todo, qué fruición, qué placer de los dioses es aminorar por entre las rugosas columnas revestidas de musgo de plata y salpicadas de orquídeas, de una alta selva tropical como la del río de Oro! ¡Qué grato es hollar la mullida hojarasca y oír al mismo tiempo la garrulería de las aves! ¡Cuán

deleitoso es respirar a pleno pulmón un aire fresco saturado de oxígeno y de ricos aromas, tratando de adivinar la posición del astro rey por los juegos de luz y de sombra que producen sus rayos al filtrarse por la verde techumbre! La alegría de vivir colma el espíritu.



Puerta lateral de un rancho motilón.

El optimismo nos hacía pensar, al acercarnos a alguna escondida fuente de agua, que íbamos a hallar un coro de náyades y de gnomos, danzando al compás de la encantada flauta del bicornio Pan; o bien que los hermanos motilonos, en vista de nuestro intachable comportamiento, habían resuelto declararnos la paz y salirnos al encuentro con ademanes amistosos, colmados de regalos y precedidos, naturalmente, por las más bellas doncellas de la tribu en su desnudez integral!

Al no encontrar tales prodigios y volver a la peligrosa realidad pensábamos: «quizá más adelante», y proseguíamos la marcha. Tan dulces pensamientos, debemos convenirlo, no eran otra cosa que producto del extraño embrujamiento que produce la selva.

En una de esas exploraciones descubrimos, con ayuda de los anteojos de larga vista, que sobre el filo aparente de la cordillera, a una altura del orden de 2.000 metros sobre el nivel del mar, se despeñaba una grandiosa catarata muy semejante en dimensiones a nuestro Tequendama. Infortunadamente nunca pudimos llegar a contemplarla de cerca.

Como hemos dicho las aguas corrientes abundan. Forman infinidad de arroyos y arroyuelos cristalinos y frescos de tal transparencia que no ocultan las más leves guijas y arenillas del fondo, y que brindan

baños incomparablemente deliciosos y reconfortantes. El pescado juguetea a la vista de todos como en un lujoso acuario.

Una vez, por habernos demorado demasiado en un bello «mirador», esperando que la cordillera se despejara de la neblina para tomar fotografías, hubimos de regresar al campamento auxiliar ya muy entrada la noche. Varias veces perdimos la «pica» (angostísima trocha) y la fatiga y la desesperanza nos obligó a tendernos en el suelo, despreocupadamente, como si en realidad los motilones y las serpientes hubieran acordado no atacarnos sino a la luz del día.

Gracias a sobrehumano esfuerzo alcanzamos el campamento sin novedad pero con el propósito firme de calcular mejor el tiempo en la salida próxima. Nuestro compañero de angustias en aquella dura excursión -como en muchas otras- fue el ingeniero *Manuel José Lobo Guerrero*. Profesional inteligente, pundonoroso y patriota, le prestó a la Comisión insignes servicios durante varios años. De contextura aparentemente frágil, sin embargo resultó un coloso para resistir los embates de los bacilos y de toda clase de gérmenes patógenos.

LEVANTAMIENTO AEROFOTOGRAFICO. - FRONTERA DEFINITIVA. En 1935, ante las dificultades insalvables para completar la exploración de la zona litigiosa por vías terrestres, se resolvió adoptar el moderno sistema aerofotogramétrico. Se emplearon como puntos de apoyo para la restitución de las aerofotografías varios de los ya fijados astronómicamente y topográficamente por la Comisión Mixta. Se determinaron algunos más, convenientemente distribuidos a lo largo y ancho de la región por estudiar. En esta labor colaboraron los servicios técnicos de Colombia y Venezuela. Por parte de nuestro país actuó el Instituto Geográfico Militar, recién fundado entonces. El excelente documento cartográfico producido sirvió de base técnica para el Tratado de Límites firmado el 5 de abril de 1941, en el Templo de la Villa del Rosario de Cúcuta, sede del Congreso Constituyente de la Gran Colombia. La línea limítrofe quedó descrita en el siguiente párrafo del Convenio:

«En la región del Río de Oro, Sección Segunda, la frontera será el curso de dicho río desde su desembocadura en el Catatumbo, aguas arriba, hasta donde el Río de Oro se divide en dos ramales, uno del Norte y otro del Suroeste; y de allí seguirá por el ramal del Norte, hasta donde recibe el primer afluente denominado «Río Intermedio» o «Duda» y luego por el curso más meridional de ese afluente denominado Río Intermedio o Duda hasta su origen en la Serranía de Perijá-Motilones (Véase mapa).

En esta forma quedó definitivamente concluida la larga controversia suscitada en aquella región tan desconocida.

Hasta último momento actuó como técnico asesor de nuestra Cancillería, con patriotismo y sagaz inteligencia, *José Vicente Dávila Tello*, nuestro compañero de las primeras épocas de exploración. El doctor Dávila, ingeniero y diplomático, merece el vivo reconocimiento de los colombianos.

Ahora bien, los trabajos cartográficos dieron el primer paso para el estudio científico y metódico de las grandes riquezas naturales encerradas allí, entre las cuales la primera y más importante es el hombre mismo, vale decir la raza " motilona, en cuyos lares y dominios se está escribiendo la última página de la Conquista. Página que, por esta vez, no debe ser escrita con sangre.

NOTA FINAL. - COMPAÑEROS FALLECIDOS-No queremos terminar sin consignar un emocionado recuerdo a cuatro compañeros fallecidos: *Luis Francisco Herrero, Juan Clímaco Arbeláez Urdaneta, Mario Gómez Moreno y Siro Vásquez C.* (en orden cronológico).

Herrera, médico nortesantandereano, muerto en 1942, a pesar de su juventud, era una autoridad en enfermedades tropicales. Laboró durante ocho años en la Comisión. De temperamento reposado y sereno, poseía el don de consejo, y era prototipo del amigo franco y leal.

El General Arbeláez Urdaneta, de estirpe pro cera, ocupó altas posiciones diplomáticas y administrativas. Acudía puntualmente a donde la patria lo necesitara. Así fuesen posiciones de peligro. Fue miembro de la Comisión durante varios años.

Mario Gómez Moreno, ejemplar humano de aquellos que nos reconcilian con la especie. Servicial y sencillo. Inteligente y valeroso. Fueron muchas las tareas que cumplió con peligro de su vida, sin alarde alguno, deportivamente. Fue compañero nuestro en la, Guajira, en el Catatumbo y en el río de Oro.

Y finalmente Siro Vásquez C., fallecido recientemente en Caracas, ya octogenario. Era el ingeniero Jefe de la Comisión Venezolana. Veterano en esa clase de actividades, como que había sido compañero, en 1900, del doctor Julio Garzón Nieto, que fue director vitalicio de la Oficina de Longitudes y Fronteras, adscrita al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. Su innato señorío hizo que fuera gratisima nuestra misión en su compañía. Muchas veces discrepamos, y en materia grave, pero siempre se mantuvo la controversia en un alto plano de cordialidad. Grandes servicios le prestó a su patria como técnico y como diplomático. Cuando tuvimos noticia de su muerte, en enjambre vinieron los recuerdos. Sentimos entonces que algo de nuestra propia vida se iba tras de ese viejo integérrimo y fuerte como una de las ceibas milenarias del Catatumbo.

Todos tenemos algo de mariposa. La llama nos atrae y subyuga. Así como el joven oficial francés, según la romántica ficción de Benoit, regresa presuroso y enamorado a las misteriosas montañas del Sahara Central, donde Antinea, la bella y fatal mujer, descendiente de Cleopatra y última soberana de la Atlántida, lo tuvo prisionero y lo había sentenciado a morir, así también gustosos volveríamos nosotros a remontar los ríos salvajes de esa lejana comarca de la patria, donde reina la Naturaleza sin frenos y donde el hombre-gorila, nuestro amigo y guía, de ojos de búho, navegaba con precisión en la noche, a la sola luz de los relámpagos. Relámpagos que hacían brillar, fantasmagóricamente, a flor de agua o en las lenguas de arena de las playas, los ojos insomnes de los saurios.

Bogotá, diciembre 1958.

